

POESÍA FRANCESA

HISTORIA Y ANTOLOGÍA
DE LA EDAD MEDIA AL SIGLO XX

I

Colección Voces Literarias

I

UCOPress
Editorial Universidad de Córdoba

Comité Editorial

Soledad Díaz Alarcón
Carmen F. Blanco Valdés
Julián Jiménez Heffernan
Juan Pedro Monferrer Sala
Pedro Ruiz Pérez



Colección Literatura

158

Editorial Universidad de Sevilla

Comité Editorial

José Beltrán Fortes (Director de la Editorial Universidad de Sevilla)
Araceli López Serena (Subdirectora)
Concepción Barrero Rodríguez
Rafael Fernández Chacón
María Gracia García Martín
Ana Ilundáin Larrañeta
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Manuel Padilla Cruz
Marta Palenque Sánchez
María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda
José-Leonardo Ruiz Sánchez
Antonio Tejedor Cabrera

POESÍA FRANCESA

HISTORIA Y ANTOLOGÍA
DE LA EDAD MEDIA AL SIGLO XX

I

Selección, estudio y traducción
Carlos Clementson

Poesía francesa. Historia y antología de la Edad Media al Siglo XX.- Córdoba: UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba y Editorial Universidad de Sevilla.

Catálogo de UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba: Colección Voces Literarias, nº 1.

Catálogo de la Editorial Universidad de Sevilla: Colección Literatura, nº 158.

17 x 24, 1232 pp. obra completa: 656 pp. vol I y 576 pp. vol. II

IBIC: DCF

Selección, estudio y traducción de Carlos Clementson

POESÍA FRANCESA. HISTORIA Y ANTOLOGÍA DE LA EDAD MEDIA AL SIGLO XX

© De la presente edición Carlos Clementson, 2019

© UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba, 2019

Campus de Rabanales. Ctra. Nacional, IV, Km. 396. 14071 Córdoba

Telf. 957 212 165

<https://www.uco.es/ucopress> · ucopress@uco.es

© Editorial Universidad de Sevilla, 2019

C/Porvenir, 27, 41013 Sevilla

Telf. 954 487 447

<https://editorial.us.es> · eus4@us.es

Diseño y maquetación: Lucía Trinidad Figueredo Fernández

ISBNs de UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba

ISBN de la obra completa: 978-84-9927-460-7

ISBN del volumen I: 978-84-9927-460-4

ISBNs de Editorial Universidad de Sevilla

ISBN de la obra completa: 978-84-472-2902-4

ISBN del volumen I: 978-84-472-2910-6

D.L:

Impresión: COYVE Artes Gráficas

Tel: 689 357 075

Impreso en papel ecológico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España

A Maribel, que, año tras año, ha visto cómo han ido floreciendo estas traducciones, recogidas del jardín inmortal de la poesía francesa.

*France, jadis on te souloit nommer,
en tous pays, le tresor de noblesse,
car un chascun pouvoit en toy trouver
bonté, honneur, loyauté, gentillesse,
clergie, sens, courtoisie, proesse.*

*Antaño, Francia, soliante llamar,
en todo el mundo, tesoro de nobleza,
pues cada uno podía en ti encontrar
honor, bondad, lealtad y gentileza,
saber, prudencia, valor y cortesía.*

Charles d'Orléans

*France, mère des arts, des armes et de lois,
tu m'as nourri longtemps du lait de ta mamelle:
ores, comme un agneau qui sa nourrice appelle,
je remplis de ton nom les antres et les bois.*

*Francia, madre del arte, de las armas y leyes,
de siempre me has nutrido con tu leche materna,
y ahora como el cordero que a su nodriza implora,
lleno yo con tu nombre los antros y los bosques.*

Joachim Du Bellay

*La France c'est une étoile!
La France est une personne,
le Rayon hexagonal
d'une étoile qui raisonne.*

*¡Francia es una estrella!
Francia es una persona,
el Rayo hexagonal
de una estrella que razona.*

Paul Claudel

Tant qu'un enfant rêvera de l'aurore, tant qu'une rose embaumera la nuit, tant qu'un coeur quelque part éprouvera le vertige, tant qu'un pas chantera sur la chaussée, tant que l'hiver quelque un se souviendra du printemps, tant qu'il y aura dans la tête d'un seul homme une manière de musique, et dans le silence une douceur comparable à la femme aimée, tant qu'il flottera un peu de jour sur le monde et sa destinée...

...on entendra la chanson de France.

Mais surtout, mes amis, quels que soient les péripéties de l'immense troupeau, les catastrophes des continents, les aléas monstrueux de l'histoire, surtout, surtout, quelles que soient les transformations imprevisibles d'une humanité en proie aux miracles de son esprit, aux conséquences infinies de l'immense partie d'échecs qui va donner la clé de l'avenir, quel que soient les développements de ce qu'elle enfante, et l'apocalypse commencée, ô mes amis surtout, tant que s'élèvera la double harmonie aux répons merveilleux, qui de deux noms dit tout un peuple, et c'est Jeanne d'Arc et Fabien, soyez-en sûrs on l'entendra...

...car c'est la chanson de France.

Mientras un niño sueña con la aurora, mientras una rosa embalsame la noche, mientras un corazón en algún lugar experimente el vértigo, mientras canten unos pasos sobre una calzada, mientras en invierno alguien se acuerde de la primavera, mientras en la cabeza de un solo hombre haya una especie de música y en el silencio una dulzura comparable a la mujer amada, mientras flote un poco de claridad sobre el mundo y su destino...

...se oirá la canción de Francia.

Pero sobre todo, amigos míos, cualesquiera que sean las peripecias del inmenso rebaño, las catástrofes de los continentes, los azares monstruosos de la historia, sobre todo, sobre todo, cualesquiera que sean las transformaciones imprevisibles de una humanidad presa de los milagros de su espíritu, de las consecuencias infinitas de la inmensa partida de ajedrez que va a dar la clave del porvenir, cualesquiera que sean los acontecimientos que ella alumbre y el apocalipsis que comience, oh amigos míos, sobre todo, mientras se eleve la doble armonía en los maravillosos respuestas que con dos nombres dice todo un pueblo, y sean éstos Juana de Arco y Fabián, estad seguros, se la oirá...

...pues es la canción de Francia.

Louis Aragon

Es una lástima que el estudio del francés se haya reemplazado por el estudio del inglés. Yo quiero mucho al inglés, pero creo que el hecho es deplorable porque el francés se estudiaba en función de la cultura y de la literatura francesas. En cambio el inglés no se lo enseña en función de Emerson o de De Quincey sino en función de los negocios; se estudia de un modo puramente comercial.

Jorge Luis Borges

ÍNDICE

Introducción	17
Los grandes nombres de la poesía francesa	25

I

Edad Media

La Chanson de Roland	202
Marie de France	210
Gace Brulé	220
Rutebeuf	222
Charles d'Orléans	226
François Villon	230
Mellin de Saint-Gelais	246

II

Siglos XVI, XVII y XVIII Renacimiento, Clasicismo e Ilustración

Marguerite de Navarre	250
Guillaume Le Rouillé	252
Clément Marot	260
Maurice Scève	264
Christophe Plantin	288
Louis des Masures	290
Pernette de Guillet	292
Pontus de Tyard.....	296
Joachim du Bellay	302
Louise Labé	428
Pierre de Ronsard	442

Claude de Buttet	548
Guillaume Bouchet	550
Rémy Belleau	554
Olivier de Magny	558
Étienne Jodelle	566
Jean-Antoine de Baïf	568
Guillaume de Salluste du Bartas	570
Robert Garnier	574
Philippe Desportes	590
Simeón-Guillaume de la Roque.....	592
Agrippa d'Aubigné.....	594

III

Siglos XVI, XVII y XVIII Renacimiento, Clasicismo e Ilustración (continuación)

Marc Papillon de Lasphrise.....	668
François de Malherbe	672
Jean de Sponde	678
François de Maynard.....	684
Théophile de Viau	694
Antoine-Girard de Saint-Amant	698
Vincent Voiture	704
François Tristan l'Hermitte	708
Pierre Corneille	714
Jean de la Fontaine	718
Voltaire.....	726
Jacques Delille	730
Jean-Antoine Roucher	732
Nicolas-Joseph-Laurent Gilbert	734
Evariste de Parny	736
André Chénier	738

IV
Siglo XIX
Romanticismo, Parnaso y Simbolismo

François-René de Chateaubriand	772
Charles-Hubert Millevoye	778
Pierre-Antoine Lebrun	780
Marceline Desbordes-Valmore	786
Alphonse de Lamartine	788
Casimir Delavigne	828
Alfred de Vigny	832
Victor Hugo	854
Edgar Quinet	906
Charles-Agustin Sainte-Beuve	912
Félix Arvers	914
Gerard de Nerval	916
Alfred de Musset	934
Théophile Gautier	950
Louise Ackerman	954
Charles Marie Leconte de Lisle	960
Charles Baudelaire	968
Louis Ménard	996
Théodore de Banville	1002
Sully-Prudhomme	1006
Charles Cros	1010
Stéphane Mallarmé	1012
José-Maria de Hérédia	1018
Paul Verlaine	1028
Tristan Corbière	1062
Isidore-Lucien Ducasse (Compte Lautréamont)	1064
Arthur Rimbaud	1070
Émile Verhaeren	1092
Jean Moréas	1094
Albert Samain	1106
Jules Laforgue	1116
Henri de Regnier	1128

V

Siglo XX

Clasicismo, Tradición y Vanguardia

Francis Jammes	1134
Paul Claudel	1140
Paul Valéry	1144
Paul Fort	1156
Charles Péguy	1158
Max Jacob	1182
Oscar Venceslas de Lubicz Milosz	1190
Victor Segalen	1196
Leon-Paul Fargue	1202
Guillaume Apollinaire	1206
Bibliografía Selecta	1223

INTRODUCCIÓN

El libro que el amable lector tiene entre sus manos es el resultado de una cordial dedicación —primero, como gustoso aficionado a la poesía francesa, otras veces como enseñante accidental de la misma— a esta literatura, y se ha ido demoradamente componiendo casi a todo lo largo de una vida por el grato placer de su lectura y la intención perseverante de trasplantar a nuestra lengua una serie de composiciones y autores predilectos, por su belleza, su emoción, su musicalidad o su hondura. Luego, mucho tiempo después, fueron ya añadiéndose otros autores y poemas, ya con el propósito deliberado de completar en lo posible un panorama general de la poesía francesa en español.

Cuando me apresto a pergeñar estas líneas introductorias me viene a la memoria el gratificante descubrimiento que para aquel adolescente de 1958 supusiera su manual de cuarto curso de “Lecturas francesas”, de la editorial Luis Vives, en donde pudo ya atisbar la luminosa belleza y el prestigio ideal de aquel mundo griego que tanto le atraía, a través de “L’aveugle”, de André Chénier, el gran poema dieciochesco inspirado en el creador de la *Iliada*, y que obró como una especie de epifanía o revelación del mundo clásico-mediterráneo que, para el autor de este prólogo, tuvo siempre decisivas significaciones tanto desde el punto de vista moral como estético.

Al año siguiente, este inicial deslumbramiento por la musa gala se fue ampliando con otro volumen realmente fructífero e inspirador, *La littérature française par les textes*, que ya supuso un compendiado pero eficaz conocimiento de esta ilustre tradición literaria. Allí descubrí algunos sonetos de Du Bellay y Ronsard, a Lamartine y Vigny, a Baudelaire, Heredia y Paul Verlaine, y muy en especial la gran revelación mediterránea de “Le cimetière marin”, de Paul Valéry. Sin siquiera entrever la grave y vital dimensión de este poema, no obstante, esa atmósfera de serena y vital clasicidad que esta hermosa meditación trasminaba como una fresca brisa marina, llamó ya la floreciente sensibilidad de aquel juvenil amante de las letras. Y de inmediato, aquella necesidad, imperativa y deleitable al mismo tiempo, que sentía aquel novicio estudiante de intentar dar una cierta forma en castellano a aquellos versos herméticos y diáfanos a la vez, ignorante aún como era de las nobles versiones que este monumento de la poesía europea ya había merecido.

La irradiante semilla del poema, que había ya arraigado en su inicial sensibilidad lectora de quinto curso de bachiller, fructificaría, con los años en la que sería su tesis de licenciatura, leída en la Universidad de Murcia, sobre el inmortal poema del maestro de Sète.

Por lo tanto estoy convencido que el origen de la presente antología hunde sus raíces en la indeleble y fecunda huella que en tantos antiguos alumnos de finales de los cincuenta dejara aquel exigente bachillerato de nuestros esfuerzos, aprendizajes y sinsabores, pero que siempre tantos hemos agradecido.

Todo ello vendría a completarse, entre tantos otros libros, y actualizándose, al final de la década de los sesenta con la magistral y enjundiosa Antología bilingüe que el inolvidable y personalísimo poeta cordobés Manuel Álvarez Ortega publicara de la *Poesía Francesa Contemporánea*, en la editorial Taurus, en 1967, que ponía ya al estudiante universitario en conocimiento de la más reciente poesía de Francia.

Fruto de todo ello es el ejemplar que el lector tiene hoy entre sus manos. Pretende recoger, en edición bilingüe, con traducción métrica al castellano en verso blanco, una cierta representación del rico tesoro de la poesía en lengua francesa desde la austera grandeza de la *Chanson de Roland* y el tremante lirismo de Charles d'Orléans hasta los que podemos considerar los grandes clásicos de la poesía gala en la pasada centuria, como Paul Valéry, Saint-John Perse, Paul Éluard o Louis Aragon, entre tantos otros.

Serán tomados en consideración y antologados la mayoría de sus poetas más característicos, con una breve muestra de sus obras respectivas, mas teniendo en cuenta que sus grandes clásicos, los nombres cimeros de la brillante tradición lírica francesa (muchos de ellos de amplia trayectoria y muy vasta y varia producción, como Pierre de Ronsard, Agrippa d'Aubigné, o Victor Hugo), serán vertidos con mayor extensión en la fértil y compleja diversidad tanto temática, como espiritual y estilística, de sus obras.

Particular interés tendremos en recoger las obras de una serie de figuras hasta ahora un tanto marginales o excéntricas con respecto al tradicional canon literario de Francia, figuras que recientemente han sido justamente reivindicadas y revalorizadas como olvidados "clásicos" de la lengua francesa, como Maurice Scève, pero, sin duda, menos conocidos en España que otros grandes nombres como Baudelaire o Rimbaud. Scève, reconocido hoy como "el Mallarmé del Renacimiento", antecedente personalísimo de la llamada "poesía pura" de un Paul Valéry, o el sorprendente y arrebatado genio barroco en una tradición tan predominantemente clasicista y contenida como la francesa, tal fue el desmesurado Agrippa d'Aubigné, autor de una enfebrecida y visionaria obra tanto lírica como épica, tendrán la pormenorizada atención que merecen, aun más cuando

son prácticamente desconocidos en España. Postergado el gran poeta hugonote durante siglos, los poetas surrealistas en el siglo pasado fueron los primeros en reivindicarlo como uno de los genios más peculiares del parnaso francés, o el enigmático y visionario Gérard de Nerval, elevado hoy al brillante panteón de los grandes románticos, junto a Lamartine, Hugo o Alfred de Vigny, y precursor, a su vez, de las grandes innovaciones de la modernidad.

La atención debida tendrán también en este libro dos de los poetas más queridos para nosotros: Pierre de Ronsard, que tendrá una cumplida representación en este panorama, por la varia y compleja diversidad de su mundo poético, reducido por regla general, para el común de sus lectores, a su brillante temática amorosa, cuando en realidad es uno de los grandes padres fundadores de la gran tradición poética francesa, jugando, en el siglo XVI, un papel análogo al de Victor Hugo en el XIX, así como su compañero Joachim Du Bellay, creador de un lirismo personalísimo, que anticipa la voz palpitante y trémula de la modernidad.

Por lo que respecta a Ronsard, por ejemplo, no es sólo el poeta del amor y la belleza, del paso del tiempo y la fragilidad de la existencia, también es el intérprete oficial, pero sincero, del poder y de la Corte, el poeta de la gloriosa y finalmente patética dinastía de los Valois, así como el defensor de la religión y de la patria en los momentos en que ambas se debaten en la agonía fratricida de las guerras entre católicos y protestantes sobre el campo de batalla de una Francia desgarrada por los intereses políticos y el furor teológico de unos y de otros.

El congénito clasicismo de André Chénier, casi consanguíneamente fascinado por el legado de la Hélade, marcará en esta antología la expresión más pura y a la vez emotiva de esa tradición clásica que tantos preceptistas han pretendido, sin conseguirlo, para la poesía francesa.

Dedicaremos la atención debida al plural y rico romanticismo de la poesía francesa, preterido hoy por cierta crítica desdeñosa, y a su máxima y abrumadora figura, Victor Hugo, cuya genial y reconocida grandeza, o desmesura para otros, algunos valoran, desde los ojos de hoy, con cierta reticencia, ignorando la fecundidad de las polifónicas cuerdas de su lira.

Tras el brillante Parnaso y el siempre vigente Simbolismo, fundamentos de nuestro llamado Modernismo hispánico, llamará nuestra atención la sugestiva figura de Apollinaire, que inaugura genialmente lo que entendemos como las grandes vanguardias del siglo XX, entre otras voces igualmente mayores, pero más tradicionales, como Péguy o Claudel, para pasar a recrearnos en la ciertamente egregia de Paul Valéry, que con la pureza de su poesía plenamente moderna y actual, pero inserta en la gran tradición de la poesía clásica francesa, lleva a ésta a un estado límite de elaboración formal y profundidad especulativa, de muy denso juego intelectual y una diamantina y lúcida perfección.

A continuación, y tras tantos años empeñados muy gustosamente en esta tarea recreadora, como pórtico o umbral a ese gran palacio o construcción entre gótico-renacentista y versallesca, y también plenamente vanguardista y moderna, que es la gran tradición de la poesía francesa, intentaremos esbozar algunos rasgos, *prima facie*, más distintivos, y así, a ser posible, fijar las características que, en nuestra opinión y en su conjunto, vienen a distinguirla de otras próximas, intentando marcar las posibles diferencias con su vecina española, o alguna otra fundamental más o menos cercana, para intentar introducir al lector no especializado en la atmósfera de esta axial manifestación cultural europea en el campo de la creación literaria.

Y así, en primer término, advertimos en gran parte y a lo largo del *continuum* de la poesía francesa un cierto tono discursivo, racional, de bien trabada y constitutiva ordenación lógica, semejante, a veces, al que alimenta el discurso en prosa, un substrato que podríamos —siguiendo un poco el tópico— calificar de cartesiano, y que confiere a esta poesía un cierto entramado reflexivo, bastante lúcido, hasta llegar a la moderna apoteosis de la pura inteligencia ordenadora de Paul Valéry, antes de que el surrealismo reaccionara violentamente contra esta especie de espíritu de la tradición nacional de las letras galas, con su visionaria reivindicación del mundo irracionalista y caótico de los sueños.

A ello hay que unir una cierta predilección por el tono elocuente, por la dicción noble y el apresto académico, frecuente también en el empaque, a veces, un tanto oratorio de otras poesías hermanas, como la italiana y la española, en las que podemos apreciar un común aire de familia por su mismo origen latino, como hijas muy conscientes de Roma, en donde las elegancias de la retórica jugaban tan determinante función en todos los órdenes.

Frente a este bloque románico, la poesía anglosajona se nos presenta como más libre, menos supeditada a la norma y a lo académico, más espontánea e informal, menos encorsetada y como más de “andar por casa” (valga la familiaridad de la expresión); lo que ya comienza a ser perceptible a partir de William Wordsworth. El ejemplo contrario pudiera ser John Milton, quien a muchos lectores puede parecerle, incluso, casi un poeta italiano (también escribió sonetos en la lengua de Dante, así como otros textos en latín y en griego), y que, a su vez, puede resultar el poeta más meridionalmente barroco del Parnaso inglés, con su bien asumido aparato mitológico y su enriquecedora y audaz incorporación de cultismos, latinismos y helenismos, con los que engalana la poesía inglesa, de siempre ésta —pensemos en Shakespeare— con sus ojos bien atentos a las bellezas tanto literarias como artísticas e históricas de la cultura italiana y el mundo clásico.

Otro rasgo que puede diferenciar a la poesía francesa de la hispánica es su diverso tratamiento del amor. Y así, el sentimiento amoroso en la lírica gala se

nos aparece en su conjunto como más fresco, primaveral y despreocupado, más frívolo, sensual y galante, o menos transcendentalista, que el más patético y casi metafísico que hallamos en la gran poesía española, lleno de gravedad y de una cierta solemnidad trágica. Un sentimiento trágico del amor que quizá pueda venirle al poeta castellano de ese casi agónico sentimiento trágico de la vida que Don Miguel de Unamuno detectara en la existencia española y al que dedicó uno de sus mejores libros. Hay estrofas y poemas en Ronsard que serían impensables en Garcilaso. Por otra parte el erotismo y hasta la más desvergonzada expresión pornográfica, que no son nada infrecuentes en esta tradición lírica, nos da razón de un concepto de la vida más libre, hedonista y desprejuiciado, que el que impregna la mayor parte de nuestra más rigorista y severa tradición literaria.

Otro aspecto que no podemos dejar de señalar en esta poesía es la importancia que en ella tiene el conflicto teológico-religioso, y la lucha de las ideas, ya desde el punto de vista de las guerras civiles entre católicos y hugonotes, que a su vez fueron también guerras literarias, y particularmente poéticas, como desde el punto de vista de la poesía política, filosófica, antirreligiosa y declaradamente atea y materialista, que encontramos en la época de la Ilustración.

Las varias y enconadas guerras de religión que desgarraron a Francia y a los franceses a lo largo de cuarenta años, van a inspirar una serie de numerosos y muy valiosos poemas tanto desde el bando católico, los “Discursos” de Ronsard, como desde las filas calvinistas; en ellas se escribieron grandes poemas, épicos y líricos a la vez, como “Las Trágicas”, de D’Aubigné, “La Semana”, de Du Bartas, o los versos de Jean de Sponde, autor de una poesía severamente austera que se constituye en una ascética e intelectual meditación sobre la muerte y la Eucaristía, y fervoroso representante de la poesía hugonote junto a los dos últimamente citados. A veces esta enconada pugna religiosa sobre el campo de batalla de la literatura, se convierte en francamente salaz, irreverente y sacrílega, como en el aventurero capitán Marc Papillon de Lasphrise.

Por otra parte, y a diferencia de la española, mucho más casta y pudibunda, la poesía francamente libertina y sensual no dejará de ser brillantemente cultivada en los dos siglos siguientes, desde Théophile de Viau a La Fontaine, y muy en particular a lo largo de todo el siglo XVIII.

Volviendo al siglo renacentista, en otras ocasiones el conflicto religioso es aprovechado muy agresivamente por todos estos poetas y humanistas del bando protestante para una poesía sencillamente sacrílega, que lleva a cabo la burla más sangrienta de los sacramentos y de los dogmas más solemnes y respetados del Catolicismo. Todo ello entre la sangre, el odio, el fuego y el humo de las grandes matanzas y devastaciones que, hasta la llegada de Henri IV, el primer Borbón, están a punto de arrasar la gran riqueza de la patria francesa, la alta civilización que

había ya alumbrado las grandes catedrales medievales y los bellos castillos del Loira, y que en unas décadas de locura y ceguera colectivas, de raíz político-teológica, está a punto de convertirse en un páramo ensangrentado, en el que campan a sus anchas los ejércitos rivales y las invasoras tropas extranjeras. Y así esa poesía, que había comenzado a cantar la hedonista y pagana belleza de los jardines y las rosas, termina teológicamente inflamada por una fe sectaria y homicida, devorándose a sí misma en sus bellos ideales renacentistas, desangrada en el desolador panorama de los incendios de los campos y las piras de los autos de fe. De modo que *la rosa y la hoguera* podrían constituirse en ambivalente y contradictorio emblema de este siglo refinado y cruel, al mismo tiempo.

Estamos —a diferencia de la rigurosa ortodoxia contrarreformista de nuestra literatura— ante una poesía de combate ideológico-religioso, en el que todas las armas del odio, de la mordacidad y de la sátira, cultivadas por brillantes inteligencias, son aptas para el combate general al que se aprestan tanto con la pluma como con la espada estos paladines, que no dudan un segundo en dejar descansar la primera sobre su escritorio para blandir belicosamente la segunda en la defensa de sus ideales y también de sus intereses. Pero ello no quiere decir que la general poesía francesa carezca de una honda y sentida poesía religiosa, particularmente en el siglo XVII, y hasta de una brillante y continuada tradición de poesía católica, que en nuestro siglo XX llega hasta Charles Péguy, Paul Claudel y Pierre Emmanuel.

En el XVI, todo este furor teológico, de un bando y de otro, otras veces puede alumbrar intensos y muy bellos poemas de inspiración religiosa y sálmica en los que la Biblia y particularmente el Antiguo Testamento, muy traducido, meditado y glosado por estos autores, de filiación calvinista (cuando en nuestro suelo una simple traducción de algún libro de esa Biblia podía hasta costar la cárcel), cobran una muy vivificante importancia en obras de alta espiritualidad cristiana.

Esta *vis* satírica que hemos apuntado con relación al sectarismo de los conflictos religiosos puede adquirir también una elevada causticidad y temperatura referida a la decadencia de la corte y costumbres del último Valois. Los dos sonetos, atribuidos a Ronsard contra el afeminamiento de Henri III, rodeado de sus “miñones” —obviamente no podrían ser firmados—, que incluimos en nuestra Antología serían impensables hasta en don Francisco de Quevedo, mucho más comedido en sus críticas a la corona.

Otro importante capítulo digno de señalar en esta tradición literaria es el de la poesía libertina, o de la francamente materialista y atea, o mejor, “antiteísta”, en la que autores como el más moderado Voltaire y el monstruoso y sanguinario Marqués de Sade pueden presentarse como ejemplos de una tradición literaria en la que tanto la libertad de pensamiento como la de expresión son constantemente

reivindicadas con inteligencia y brillantez. En la onda ideológica del barón d'Holbach (1723-1789), protector del club de los enciclopedistas y autor del *Système de la Nature*, libro conocido como la “biblia del ateísmo”, se sitúa la sátira antirreligiosa del sádico Marqués, quien postula una radical amoralidad en el comportamiento erótico con una delirante exaltación de la más absoluta y brutal liberación de los instintos, que no duda en llegar a lo más sanguinario y abyecto.

Todo ello sería impensable o inimaginable en nuestra cultura y en nuestra poesía. En otro orden de cosas, y en otra escala de valores, tendríamos que acudir a nuestro buen paisano el abate Marchena, que en el París de la revolución estableciera una “escuela de ateísmo”, para encontrar, salvando las distancias, un cierto equivalente, ya que a él debemos una memorable traducción en verso al castellano del lucreciano y materialista *De rerum natura*, libro fundacional de toda esta escuela del libre pensamiento.

Esta tradición será brillantemente continuada en el siglo XIX por autores como Leconte de Lisle y Louise Ackerman, entre tantos otros escritores beligerantemente materialistas y anticristianos, más o menos fascinados, con razón o sin ella, por el brillante paganismo del mundo antiguo.

Finalmente, y desde un punto de vista estrictamente formal, esta poesía francesa —de siempre ceñida a las normas de un cierto clasicismo y racionalidad— se nos presenta menos propensa al exceso verbal y al juego de ingenio, o a la coruscante exaltación barroca del lenguaje, que tanto caracterizan a la hispánica, tan verbalmente exuberante y plástica, y en la que el cultivo de la imagen y muy en especial de la metáfora cuenta con tan brillante tradición. Hasta el punto que autores considerados, a veces un tanto desdeñosamente por la crítica tradicional gala como “barrocos”, así Agrippa D'Aubigné, o “manieristas” como Ronsard, un lector español apenas podrá tomarlos como tales y llegará a parecerle excesiva tal denominación. De modo que, en términos generales, la tensión entre clasicismo y barroco podría muy bien configurar estos dos opuestos entre ambas literaturas. Barroquismo hispánico frente a clasicismo “a la francesa”.